

ARTICULOS DEL MES

· EL LEGADO DE REAGAN

PHILLIPPE LEFOURNIER.

· EL PROBLEMA DEL AHORRO EN EL MUNDO

THE ECONOMIST.



EL LEGADO DE REAGAN

Bajo el título "Les enjeux de l'après-Reagan" la revista L'Expansion publica el siguiente artículo en su número de fecha 23 de sept.-6 oct. Su autor es Phillippe Lefournier.

¿En qué situación dejará Reagan a América y al mundo? En la Casa Blanca, el jefe de los asesores económicos, Beryl Sprinkel, nos habla de una "obra maravillosa". En Detroit, el vicepresidente del gran sindicato United Auto Workers, Donald Ephlin, asegura que la reaganomía "es el peor desastre jamás inflingido al país". A primera vista, la versión paradisíaca no carece de fundamento, pues se ha conseguido la expansión más prolongada, y esto con una inflación insignificante.

Este resultado, no sólo puede ser envidiado por los europeos sino que, hace cinco años, hubiera parecido inconcebible. Todavía vemos al antecesor de Beryl Sprinkel, Martin Feldstein, hojear en 1983 el informe sobre las previsiones económicas en el que se aludía a una reducción de la inflación y de los tipos de interés. "Esto no puede producirse", decía Feldstein. Pues bien, sí se produjo.

Ahora bien: ¿a qué precio?. Reagan (y por esto es el más popular de los presidentes, delante del mismo Kennedy) ha dejado la factura a su sucesor y, sobre todo, al pueblo americano. La prosperidad se ha adquirido a crédito. La expansión ha sido posible gracias a unos déficits sin precedentes. Reagan, que había prometido equilibrar el presupuesto federal al término de su primera presidencia, en 1984, ha registrado en ocho años un déficit superior al de todos los anteriores presidentes juntos! La deuda pública se ha triplicado, y lo mismo ha ocurrido con la deuda exterior. El primer acreedor del mundo hace unos años se ha convertido en el primer deudor.

¿Qué hay de malo en ello? Los americanos no pueden vivir eternamente más allá de sus medios. La fiesta deberá terminar más pronto o más tarde. En la Brookings Institution de Washington, Robert Lawrence se expresa así: "Nos encontramos ante un dilema dramático: o producimos más o gastamos menos. Esperemos que sea lo primero, pero difícilmente podremos librarnos de lo segundo, incluso teniendo en cuenta que la campaña electoral se desarrolla sin plantear el problema". La persistencia del endeudamiento resulta insostenible. El servicio de la deuda se hace cada vez más pesado, y todo ello actuará negativamente sobre el nivel de vida de las generaciones futuras. Hace tiempo ya que Casandras como Paul Volker advirtieron que las tendencias actuales llevaban al "caos financiero" y a la recesión.

En Harvard, el profesor Benjamín Friedman estima que el período de reajuste puede resultar mucho más largo de lo que se cree. A su juicio, los desequilibrios fiscales no serán corregidos con la suficiente determinación. De hecho, los dos candidatos a la presidencia han prometido... aumentar el gasto, mientras se muestran reticentes en cuanto a un posible incremento de los impuestos. Es más, George Bush incluso se ha declarado expresamente opuesto a tal aumento, con lo que muestra su fidelidad al pensamiento de Reagan. Ahora bien, ¿qué es lo que, en último término, queda de la reaganomía? Reagan ha disminuído los impuestos, ha desregulado, ha exaltado el espíritu de empresa y ha logrado la expansión y nuevos puestos de trabajo. ¿Pero es todo esto duradero? Lo que está claro es el enorme consumo, público y privado.

El ahorro de las familias ha descendido al 3,8% de sus rentas disponibles en 1987, cifra mínima desde 1947. La utilización de las cartas de crédito se ha triplicado en tres años. La fiebre de las compras es producto de una política fiscal estimulante (puesto que se han reducido los impuestos, pero no los gastos), que además podría continuar. Desmintiendo a los economistas de la oferta que tanto influyeron en Reagan, las reducciones fiscales no han provocado una explosión del ahorro y de la inversión. Al contrario, los americanos se han lanzado a un frenesí

consumista y a un progresivo endeudamiento. Los economistas keynesianos se frotan las manos, y un Nobel (demócrata) del MIT bendice el experimento. La reaganomía ha conferido validez a la vieja receta inventada por J.M. Keynes: si un gobierno gasta más de lo que ingresa, puede reactivar la economía ... a condición de que unas importaciones adicionales absorban el exceso de demanda (cosa que, al revés que Reagan, Mitterrand no ha podido permitirse en Francia los años 1981-1982, porque no contó, como aquel, con las aportaciones de los inversores extranjeros).

Veamos ahora el sector exterior. Después de la gran subida del dólar que tanto perjudicó a la industria de Norteamérica, vino, a partir de 1985, la rectificación con la consiguiente caída de la divisa americana. ¿Puede decirse, después de esto, que los Estados Unidos vuelven a ser competitivos? Así, es, según parece. Un estudio del Banco de la Reserva Federal de Nueva York cita cuatro razones que lo justifican: la misma depreciación del dólar, la moderación salarial, la mejora de la productividad y los progresos en la calidad. Los salarios reales, en efecto, han descendido. El salario mínimo federal (3,35 dólares la hora) no se ha movido desde hace ocho años. Esto no impide, con todo, que los costes salariales medios sean de la industria de Estados Unidos de 13,5 dólares la hora, frente a 13,25, como promedio, en los otros países industriales.

Por lo que se refiere a los costes unitarios del trabajo, la superioridad de Norteamérica se pone más de manifiesto porque tienen en cuenta los progresos de la productividad, muy considerables a partir de 1982. La experiencia de Estados Unidos es bastante impresionante a este respecto. En Pittsburg, el secretario del sindicato United Steel Workers of America nos recuerda la larga batalla perdida contra la marea de las importaciones. "La siderurgia no había conseguido nunca ser competitiva, pero hoy, para producir una tonelada de acero, necesitamos menos de 4 hombres/hora, frente a 9 hace diez años. En Japón necesitan más de 5. Somos los más productivos, pero hemos tenido que reducir nuestra producción en una tercera parte".

La autocrítica es la misma en Detroit: "La industria del automóvil era muy rentable ... porque no tenía competidores". Allí, la recesión duró varios años -de 1980 a 1982- y obligó a los constructores a rectificar su política. "Pero nos hemos recuperado. Nuestras mejores fábricas son ahora tan buenas como las menos productivas de Japón. Hemos recuperado cuotas de mercado perdidas y exportamos motores a Europa".

El crecimiento de la exportación norteamericana ha sido considerable, alcanzando el 27% en un año. Los productores extranjeros participan también en esta expansión, y así Honda, v.g., exporta a Japón. Sin embargo, como sea que la demanda interior -a falta de rigor presupuestario- sigue siendo fuerte, la capacidad de producción se satura y las industrias empiezan a tropezar con el muro del pleno empleo.

En efecto, la ocupación industrial, que se había reducido con la depresión, se recupera a partir de 1987. Pero, de golpe, la productividad, que había aumentado un 5% anual en la industria, se detiene nuevamente. ¿Se repetirán los pobres resultados de la misma, pero ahora con unas capacidades reducidas? Este proceso de "chryslerización" es angustioso, puesto que conduce a la desaparición.

Así, pues, más allá del estímulo que han supuesto la devaluación del dólar, la contención de los salarios y la cura de adelgazamiento, ¿podrán los americanos asegurar un crecimiento de la productividad, a largo plazo? Los japoneses son maestros en la materia, y por esto es interesante conocer lo que estos opinan. "Los americanos son ahora fuertes en el campo de los semiproductos", dice el presidente de Fugii -Xerox, "esto es, el papel, el acero, la química; pero son menos brillantes en el automóvil, la mecánica, la electrónica, en los que la calidad y la fiabilidad de producto y la respuesta a las necesidades del cliente son más importantes para resultar competitivos. Son los factores humanos de la producción los que, en definitiva, determinan la competitividad".

En Cambridge, el presidente del MIT, un ingeniero, Paul Gray, se expresa en el mismo sentido: "A nuestro juicio el deterioro, si no se contiene, reduce América a una posición de segundo orden. Los industriales se concentran, a corto plazo, en lo inmediato, en los beneficios del próximo trimestre. Esto impide la acumulación de capital. No se interesan por los competidores extranjeros. No saben aplicar la tecnología. Y, sobre todo, dirigen mal al personal: el trabajador es lo primero de lo que se desprenden en cuanto las cosas empiezan a ir mal. Es considerado como un coste y no como un recurso que debe ser motivado. De ahí surgen problemas de calidad. Es lo contrario de lo que ocurre en Japón, donde la mano de obra identifica su porvenir con el de la empresa".

En realidad, una encuesta realizada en las cuatro esquinas de Estados Unidos muestra que las cosas están evolucionando y que Japón -omnipresente- hace escuela. He ahí algunos ejemplos, tomados al azar:

- En los laboratorios Bell, de Holmdel, New Jersey, pertenecientes a ATT, se nos dice: "Hemos cambiado nuestros métodos. No damos ya preferencia a la investigación ("RD") olvidando los procesos de fabricación. La clave está en comprender al consumidor y en darle satisfacción. Imitemos a los japoneses. Esto funciona".

- En la fábrica IBM de Poughkeepsie, New York, no se alude al modelo nipón, "pero esto es porque estamos ya en Japón: no hay huelgas, ni sindicatos, ni despidos (el empleo es vitalicio) ...".

- En las instalaciones Ford, de Dearborn, Michigan, anotamos: "Con el concurso de los trabajadores" ("employee involvement") aplicamos los principios que han permitido los grandes progresos de Japón". Visitamos el centro de formación, creado conjuntamente por Ford y el sindicato del automóvil, y se nos dice: "los trabajadores expresan su opinión, y todos juntos operamos en bien de la empresa".

- En Seattle, Washington, en la casa Boeing, se nos asegura que el dominio de esta firma no se debe más que a su atención por el cliente. "La posibilidad de responder con un buen producto es esencial".

- En Pittsburg, Pennsylvania, los altos hornos humean de nuevo a lo largo del río Allegheny, y los sindicalistas siderúrgicos constatan que "en cooperación con la dirección mejoramos la calidad, nos modernizamos, y los trabajadores se sienten cada día más motivados. En las nuevas instalaciones hacemos que retroceda el taylorismo y establecemos equipos no supervisados, lo que exige una mejor formación".

Así está Norteamérica. Devalúa su moneda y copia al líder. El resultado es una economía "dual" y una sociedad bipolarizada típica del Tercer Mundo: un sector moderno, de alta tecnología, incrustado en una economía de pequeños empleos para trabajos precarios y sin cualificación. Es por esto por lo que, fuera de la industria, la productividad americana, en general, continúa estancada. Y, como cualquier país nuevo, los Estados Unidos importan capitales; más incluso, dos veces más, en porcentaje de su PNB, que cuando la fiebre ferroviaria, en el siglo XIX.

Puesto que se trata del país más poderoso de la tierra, todo esto plantea un problema, del que Reagan no se considera culpable. "Seguimos atrayendo inversiones de todo el mundo. Algunos llaman a esto "deuda". Por el contrario, es signo de fortaleza". Y es verdad que por su dinamismo demográfico, su vitalidad tecnológica, su creación de empleo, Norteamérica actúa como un imán para el ahorro del resto del mundo, del que hace mejor uso que, por ejemplo, una Alemania camino de la esclerosis. Su expansión ha servido indudablemente de motor del crecimiento mundial durante los años 80. Sin el déficit americano, ¿se habría evitado la recesión tan temida?.

Sea como fuere, su desequilibrio ahorro-inversión no podrá soportarse indefinidamente. Repercute sobre el resto del planeta, hace subir los tipos de interés e impide el despegue de muchos países en vías de desarrollo. E incluso en los mismos Estados Unidos, ¿cómo podrán las próximas generaciones liberarse de esa carga si el dinero se utiliza en el consumo y en la suscripción de bonos del Tesoro y no en la inversión para el futuro? En tanto en cuanto el más rico deba pedir prestado y los más pobres se vean obligados a pagar sus deudas existirá en el mundo un foco de infección que prolongará las dudas sobre la bondad del mensaje reaganiano.